

Últimas palabras

Hernán Lara Zavala

En un ensayo de profunda agudeza, Hernán Lara Zavala rescata lo dicho por diversos escritores —Stevenson, Chéjov, Cervantes, Coleridge, Wilde— antes de su muerte, y lo compara con su obra literaria, estableciendo luminosos vasos comunicantes entre la vida y la escritura.

Mucho se ha comentado sobre las últimas palabras pronunciadas por los grandes personajes de la historia, la ciencia y las artes, como si en ellas se lograra sintetizar toda su trayectoria y pensamiento en una especie de frase contundente y simbólica que sirviera como legado, ya sea de un autor o bien de sus personajes, hacia toda la humanidad. ¿Cuál fue su última frase?, pregunta la gente como si el agónico tuviera plena conciencia de lo que quería expresar al morir a manera de rúbrica de su existencia. Acaso las más famosas frases sean las atribuidas a Cristo “Perdónalos, Señor, no saben lo que hacen” que de alguna manera entraña el concepto de la redención antes de fallecer en la cruz o la de Galileo que se atrevió a decir “Y sin embargo se mueve”, refiriéndose a la retractación que hiciera frente a la Inquisición sobre su teoría de que la tierra se movía alrededor del sol, o la de Goethe que pidió “luz, más luz”, oración que se ha interpretado como reflejo del espíritu luminoso de Goethe o, también, como el resplandor que, según algunos, antecede a la muerte. Pero la verdad es que las últimas palabras entrañan un misterio más complejo de lo que uno supone.

Stevenson, en un bello ensayo que tituló “Un sermón de navidad”, afirma que la “elocuencia valetudinaria” es rara y que las frases exhaladas en el lecho de muerte raramente dan en el clavo. Cuando escribió su sermón enfermo de tuberculosis y de otros males menores, lo

redactó a manera de postrimería suponiendo que su texto se publicaría cuando él ya no estuviera en este mundo. Y eso lo llevó a recordar una frase de Carlos II de Inglaterra, ingenioso y agudo monarca, que solía afirmar: “Mucho me temo, caballeros, que, de alguna manera y sin darme cuenta, yo voy muriendo un poco cada día”. Esa situación, considera Stevenson, no era una prerrogativa del rey restaurado sino de todo el género humano y así lo aclara: “La arena se consume, las horas están contadas y la suerte echada; transcurren los días y cuando llega el momento definitivo resulta que ya llevábamos algún tiempo muriéndonos”. Y agrega: “ese lapso significa algo si llegamos honrosamente a la hora de la separación de la vida y para ello es importante haberle sido de alguna utilidad en el sentido militar del término. Cuando un hombre ha vivido hasta una edad razonable debe ostentar algunas marcas de su devenir por el mundo”. Desde esta perspectiva, me gustaría comentar algunas frases célebres pronunciadas al borde de la muerte como reflejo de esas marcas que hombres y mujeres, reales o ficticios, dejaron a lo largo de sus vidas aunque no sean necesariamente memorables.

Lo que la mayor parte de los seres humanos anhela es morir con la conciencia en paz. Así, don Quijote de la Mancha, después de deleitarnos durante cientos de páginas con sus fantasiosas e insospechadas aventuras, al final de su vida decide que se convertirá en pastor pues

ha jurado no salir de su aldea durante un año como parte de la promesa que hiciera a manera de pago por la derrota sufrida a manos de “El caballero de la Blanca Luna”. Sin embargo, antes de que este plazo llegue a cumplirse, don Quijote enferma y logra oír que el médico advierte que se halla muy grave. Alonso Quijano toma las palabras del galeno con “ánimo sosegado” y luego de dormir seis horas de “un tirón” afirma: “Las misericordias son las que ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia”. Y entonces decide abjurar de su nombre de caballero andante y reasume su mote de Alonso Quijano “el Bueno”. Reniega de su fe en las novelas de caballería y procede a dictar su testamento. Cito las últimas palabras que salen de la boca de Alonso Quijano “el Bueno” en la novela: “suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente se pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos”. Ficción y metaficción se unen con estas irónicas y reivindicatorias palabras en las cuales héroe y autor se redimen mutuamente para concluir, de manera ejemplar, el bello palimpsesto que constituye *El Quijote*. Las palabras que usa Cervantes para dar muerte a su extraordinario personaje son tan sucintas como parcas: “dio su espíritu: quiero decir que se murió”.

Muy diferentes son las últimas palabras de Miguel de Cervantes, que fallece el día 23 de abril de 1616 a la edad de sesenta y nueve años, no se sabe bien si a causa de una hidropesía, de diabetes o de una cirrosis hepática, pero el hecho es que durante sus últimos días sufría fuertes dolores y padecía una sed insaciable. En la epístola dedicada al Conde de Lemos e incluida en *Los trabajos de Persiles y Segismunda* Cervantes le informa que está a punto de morir: “Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir...”. Como se puede apreciar a pesar de la cercanía de la muerte Cervantes refleja que aún posee ánimos de subsistencia. Desgraciadamente su justificación final se torna obsequiosa cuando agrega en la carta: “Y quisiera yo ponerle coto hasta besarle los pies a vuesa excelencia...”. Pese a ello, su verdadera despedida la escribe, no en las dedicatorias sino en el prólogo a *Los trabajos de Persiles y Segismunda* donde, después de contar que un estudiante admirador suyo logró identificarlo como “el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre y ... el regocijo de las

musas”, palabras que Cervantes recibe simultáneamente con agrado pero también con franca modestia: “yo señor soy Cervantes pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las baratijas que ha dicho”. No obstante, conmina al estudiante a conversar con él en tanto llevan el mismo rumbo. Al enterarse de las dolencias que aquejan a nuestro autor, el estudiante lo insta a que, para superar su hidropesía, deje de beber y se alimente bien, a lo cual Cervantes le responde con las siguientes palabras: “Eso me han dicho muchos —respondí yo— pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para eso hubiera nacido. Mi vida se va acabando y al paso de las efemérides de mis pulsos que a más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida”. Curiosamente, Cervantes muere el sábado siguiente y no el domingo, pero resulta admirable la exactitud de su augurio. No obstante, al final del prólogo aprovecha para aclarar cómo se debió haber despedido del estudiante que lo reconoció como autor, y así, de una manera más bien festiva y hasta optimista, Cervantes se despide del mundo: “¡Adiós, gracias; adiós donaires; adiós regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!”.

La muerte de Lope de Vega provocó sinnúmero de epitafios y versos. A Cervantes, en cambio, sólo dos desconocidos le escribieron epitafios. Uno de ellos, don Francisco de Urbina, le dedicó las siguientes palabras:



Samuel Taylor Coleridge



Anton Chéjov

Caminante, el peregrino
 Cervantes aquí se encierra;
 Su cuerpo cubre la tierra,
 No su nombre, que es divino.
 En fin hizo su camino;
 Pero su fama no está muerta,
 Ni sus obras, prenda cierta
 De que pudo a la partida,
 De ésta a la eterna vida,
 Ir la cara descubierta.

*

William Shakespeare muere también el 23 de abril de 1616, unos días antes que Cervantes, debido a la diferencia entre los calendarios juliano y gregoriano, de un ataque de neumonía a los cincuenta y dos años, luego de haber ingerido una buena ración de arenques y de haber bebido suficiente vino del Rin en compañía de sus amigos Michael Dryton y el dramaturgo Ben Jonson. Sudó demasiado, se resfrió y murió, fue el parte. Shakespeare ya se había retirado del ambiente teatral y llevaba una vida sosegada, confortable y burguesa en su Stratford-upon-Avon natal. Antes había dictado su testamento en el que le dejó a su esposa Ann Hathaway como única herencia “su segunda mejor cama” y muebles que la acompañaban. No hubo mayores frases célebres que signaran su paso por la vida aunque su verdadero

legado lo había dejado ya en su obra *La tempestad*, en donde se contemplaba a sí mismo como Próspero, el gran mago y manipulador de la vida y de las criaturas que comparten con él la isla. En el epílogo a esta obra Próspero se despide con las siguientes palabras:

Ahora se deshacen mis hechizos
 Y no tengo más fuerza que la mía,
 que es muy escasa...
 Ahora necesito espíritus que me ayuden
 Arte para encantar;
 Y mi fin es la desesperación
 A menos que sea aliviado por la plegaria
 Que penetra de suerte que toma por asalto
 A la misma Piedad y toda falta condona
 Del modo como vuestros pecados
 buscáis ser perdonados,
 haced que la indulgencia
 me dé libertad con su clemencia.

William Shakespeare fue sepultado en la iglesia de la Santísima Trinidad de su ciudad natal y su epitafio en la tumba donde descansan sus restos, anónimo, registra las siguientes palabras: “Buen amigo, por el amor de Dios abstente de extraer el polvo aquí encerrado. Bendito sea el hombre que respete estas piedras y maldito aquel que remueva mis huesos”, epitafio que poca justicia le hace al hombre que, según Francis Bacon, después de Dios había creado más seres humanos que nadie. Pero su verdadero epitafio lo dejó en sus hermosos sonetos que en última instancia reflejan su creencia en la supervivencia del arte sobre la muerte como cuando en el soneto número dieciocho dice, en la versión de Fernando Marrufó:

Y la muerte no te nos llevará
 Si en estos versos te mantengo vivo.
 Mientras el hombre lea, sé que sí,
 Vivirán estas líneas, que te dan vida a ti.

O en el siguiente soneto cuando dice:

Así que cumple con tu deber viejo
 Cronos aunque nos duela
 Pero mi amor sobrevivirá
 Eternamente joven en mis propios versos

*

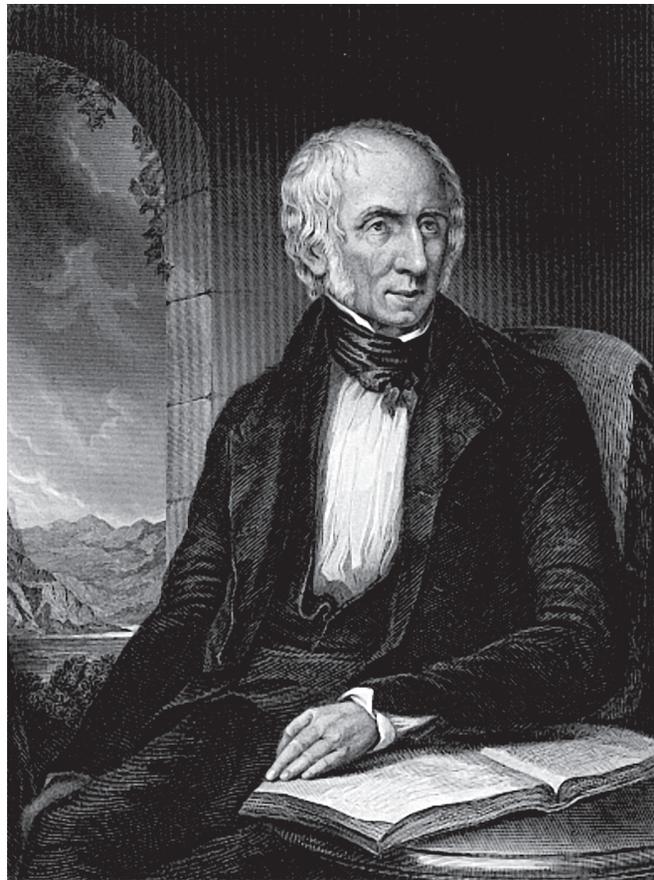
Samuel Taylor Coleridge, inspirado poeta y soñador genial de la primera etapa del romanticismo inglés, tuvo una existencia desafortunada en el amor y llena de problemas y desencantos causados, en gran parte, por su

adicción al opio. Wordsworth, su gran amigo y coautor del *Prefacio a las baladas líricas*, tuvo en cambio una vida más plena y longeva pero nunca con la intensidad ni la pasión de Coleridge. Wordsworth pugnaba por una poesía en la que se recrearan las situaciones de la vida cotidiana, mientras que Coleridge buscaba el elemento fantástico, sobrenatural y hasta diabólico en lo que escribía. Poeta y filósofo “en la niebla”, según su propia expresión (“*in a mist*”) fue considerado por Wordsworth como “el único hombre maravilloso que he conocido”. Conversador extraordinario que se describe en el cuadro que le pintara Vandyke en 1795 de la siguiente manera: “Mi modo de andar es extraño y mi aspecto refleja una indolencia que esconde cierta energía... He leído casi todo —rata de biblioteca— y me he enfrascado en todo tipo de libros raros sobre Metafísica, Poesía y Hechos de la mente. Como no puedo respirar por la nariz mi boca, de labios abultados y sensuales, se mantiene siempre abierta. Soy un conversador apasionado”. Charles Lamb decía que Coleridge hablaba “divinamente” pero que era como “un arcángel lastimado”. Lo mejor de su poesía: *La rima del viejo marinero*, *Kubla Khan*, *Christabel*, *Escarcha a medianoche* y su *Oda al abatimiento*, lo escribió durante el año y medio que frecuentó a Wordsworth en el Lake District entre 1797 y 1798. Coleridge murió a los sesenta y dos años pero desde los veintiséis ya había publicado lo más importante de su producción y por lo mismo algunos piensan que el poeta falleció media vida antes de que muriera el hombre. Su caótica energía y sus debilidades por el opio, el alcohol y las depresiones amorosas lo convirtieron en un poeta excéntrico, disperso y acabado antes de tiempo. Su epítafio, escrito más para cerrar la edición de su poesía completa que para su tumba, dice así:

Detente cristiano caminante. Detente hijo de Dios.
 Y lee con amable atención: Bajo esta lápida
 yace un poeta o lo que quedó de lo que una vez fue.
 Ah eleva una plegaria por el alma de S.T.C.
 Para él que agotó su aliento a través de los años
 para encontrar la muerte en vida
 y halle ahora la vida en la muerte
 Piedad como recompensa y el perdón en vez de fama
 Eso le pidió y esperaba de Cristo. ¡Haz tú lo mismo!

*

Ich Sterbe (“Me muero”, en alemán) fueron las últimas palabras que pronunciara Antón Chéjov, luego de haber bebido una copa de champaña con la que finalmente se convirtiera en su esposa, la actriz Olga Knipper. Chéjov padecía una grave tuberculosis que se había extendido al corazón y al intestino, así que a principios del



William Wordsworth

verano de 1904 se vio en la necesidad de viajar desde Rusia en compañía de su flamante mujer a Badenviller —una ciudad balneario de Alemania en la Selva Negra— por recomendación de su médico en Yalta, en lo que sería el último viaje de este infatigable nómada. Al auscultarlo el médico alemán diagnosticó que sus pulmones podrían resistir todavía unos cuantos meses pero que su corazón se encontraba ya muy débil. Pocas horas antes de morir, Chéjov bromeaba con su esposa en el cuarto del hotel donde se hospedaban una cálida tarde contándole uno de esos cuentos humorísticos tan afines a su temperamento cuando sintió que empezaba a faltarle el aire. Olga iba a solicitar un tanque de oxígeno pero Chéjov la disuadió argumentando que tal vez llegaría demasiado tarde, así que le pidió que mejor ordenara una botella de champaña. “Hace tiempo que se me antoja”, comentó. Olga pidió la mejor botella que tuvieran en el hotel y una vez que llegó en la champañera rebosante de hielo ordenó que la descorcharan y se sirvieron en copas de cristal cortado. Brindaron, Chéjov bebió un trago. Sintió cómo el líquido dorado, helado, seco y burbujeante entraba por su boca y resbalaba lentamente por su pecho hasta llegar a su estómago para refrescarlo gratamente. En ese momento entró en una breve alucinación: “¿ya partió el marinero?”, preguntó y acto seguido dijo: “me muero”, primero en ruso, después en alemán. Ése fue el poco sutil y último comentario de quien fuera el más discreto y humano de los escritores. Olga comentaría después que en ese mo-

mento “su rostro se vio súbitamente joven, apacible, casi feliz”. El conde Tolstoi, cuando lo visitó al enterarse de que se encontraba grave, todavía en una clínica de Moscú había observado antes: “¡Qué hombre más hermoso y magnífico: modesto y callado como una niña! ¡Es maravilloso!”.

En su obra *Tres hermanas* Chéjov había puesto en boca de Olga, una de las hermanas, el siguiente parlamento: “Con el tiempo nos vamos a ir para siempre y seremos olvidados. Nuestros rostros serán olvidados al igual que nuestras voces y lo peor es que nadie recordará siquiera cuántas éramos”. Para él no había más remedio ante las inclemencias de la vida que trabajar y trabajar. En su obra *El tío Vanya* había escrito: “Trabajaremos para los demás sin ningún reposo y cuando nos llegue la hora, moriremos con resignación y allá abajo, en la tumba, diremos que hemos sufrido, que hemos llorado, que nuestra vida fue amarga. Dios tendrá piedad de nosotros y gozaremos de una vida clara hermosa, exquisita; nos alegraremos y consideraremos las penas de otro tiempo con una mirada llena de emoción y ternura sonriente... Y descansaremos”. Pero en su obra del adiós, *El jardín de los cerezos*, escrita cuando ya estaba muy enfermo, el personaje Firs, viejo cuidador del cereal que se ha quedado completamente solo, afirma: “La vida ha pasado como si yo no hubiese vivido... Voy a echarme un poco...”. A lo largo de toda su obra Chéjov abordó el tema de lo transitorio de la vida, de lo inevitable de la muerte y del sinsentido del futuro. Pero esos oscuros pensamientos se los deja a quienes han llegado a cierta edad luego de muchos trabajos y sinsabores y así el sentimiento de vacuidad logra tornarse en una suerte de riqueza intelectual.

El regreso del féretro de Chéjov a Moscú tuvo un toque de ironía chejoviano. Su ataúd viajó de Alemania a Rusia en un vagón del ferrocarril que llevaba el letrero de “ostras frescas” y al llegar a Moscú sus dolientes se confundieron al escuchar a una banda militar que tocaba en honor de un militar que también había muerto y siguieron al cortejo equivocado. “Así tratan en Rusia a sus grandes escritores” fue el sarcástico comentario de Máximo Gorki.

*

Para ser congruente hasta el final de su vida de *dandy*, con su incomparable sentido del humor y como el rey de las paradojas, a Oscar Wilde se le atribuyen las siguientes palabras, pronunciadas al ver la pared de color rojo del café Hotel Alsace, donde bebía un poco de ajeno para mitigar su dolor, como si hubieran sido las últimas: “Este papel tapiz y yo estamos enfrascados en un duelo a muerte. Uno de los dos tiene que desaparecer”.

La enfermedad letal de Wilde no estuvo bien diagnosticada: se manifestó primero como una erupción por todo el cuerpo que terminó con un grave absceso en el oído, aunque Richard Ellmann, su biógrafo, opina que su muerte se debió a una secuela de sífilis que contrajo durante la juventud. Wilde, efectivamente, no perdió ni el sentido del humor ni el anhelo de vivir pero eso tampoco le impidió darse cuenta de las consecuencias de los agravios que le había infligido a la sociedad inglesa: “Estoy muriendo irremediamente. No pasaré de este siglo. Los ingleses no me lo permitirían... si me dieron la espalda cuando me vieron tan bien vestido y tan contento”. Los últimos momentos de su vida son difíciles de definir. Al final de su enfermedad, Wilde dejó de seguir las órdenes de su médico y le dio ciertas instrucciones a su gran amigo Robert Ross para que las ejecutara después de su muerte: que pagara sus deudas, que se publicara su libro *De Profundis*, que eligiera una tumba en Père-Lachaise para que lo enterraran. Para ese momento ni la morfina ni el opio mitigaban sus dolores, así que bebía champaña todo el día. Cuando la situación se agravó, Robert Ross dudó entre llamar o no a un sacerdote católico para asistir a su amigo que se encontraba al borde de la muerte. Wilde había querido convertirse al catolicismo desde que era niño pero su padre se lo impidió; cuando Wilde entró en coma su amigo trajo a un sacerdote y le preguntó a Wilde si deseaba recibir los últimos sacramentos del catolicismo. Ya no pudo contestar y sólo levantó la mano, no se sabe bien si en señal afirmativa o negativa. El sacerdote procedió, lo bautizó de manera condicionada y le administró los últimos sacramentos cuando Wilde ya se encontraba totalmente inconsciente. Antes, cuando un amigo le habló de la vida después de la muerte él había comentado: “No hay más infierno que éste: un cuerpo sin un alma, un alma sin un cuerpo”. Originalmente lo enterraron en el panteón de Bagneux y nueve años más tarde sus restos fueron trasladados, según sus instrucciones, al célebre cementerio de Père-Lachaise. Su tumba luce una esfinge esculpida por Jacob Epstein y su epitafio reza así:

Lágrimas ajenas sanarán por él
La pena de un alma ha mucho destruida
Porque sus dolientes serán los parias
Y los parias siempre penan

Pero tal vez las que deben considerarse como sus últimas palabras son las que escribió en su famoso poema que lleva como título *Balada de la cárcel de Reading*:

Todos los hombres matan aquello que aman.
Escúchenlo bien: algunos con una mirada cruel
Otros con obsequiosas palabras
El cobarde con un beso y el valiente con la espada.

*

James Joyce, el gran artífice de la palabra, muere luego de la operación de una úlcera en el duodeno el 13 de enero de 1941 en Zurich, sin pronunciar mayor frase salvo la de pedir que Nora, su esposa, y su hijo George estuvieran con él, deseo que no se cumplió porque ambos llegaron quince minutos después de su fallecimiento. Sin embargo, en su última novela, la inexpugnable e intraducible *Finnegan's Wake* me encuentro con que la frase final representa de alguna manera el adiós de Joyce al mundo, pues su personaje principal al despertar del letargo que se narra durante toda la novela se despide con las siguientes palabras que nos proporcionan el sentido afirmativo que Joyce mostrara siempre en favor de la vida:

“Onetwo moremens more. So. Avelaval. My leaves have drifted from me. All. But one clings still. I'll bear it on me. To remind me of. Lff! So soft this morning, ours. Yes”.

Que me permito traducir aquí a manera de despedida tratando de evocar los recursos joyceanos vertidos al español:

“Undos morimentos más. Ya. Ahístán. Mis hojas me han abandonado. Todas. Sólo una se me aferra. Me la quedo. Para acordarme de. Vid. Qué hermosa la mañana, nuestra. Sí”.

*

A la luz de Stevenson las últimas palabras de los escritores citados adquieren un significado más amplio, más rico y más azaroso. En otro ensayo, titulado “AE Triplex”, Stevenson hace la siguiente reflexión: “¿Quién tendría el suficiente corazón para vivir si supiera de antemano que tendrá que enfrentar la muerte?... Es mejor perder la salud como un manirroto que conservarla como un miserable. Es mejor vivir intensamente hasta el final que morir poco a poco en un sanatorio. Así que empieza tu cuenta regresiva. Aun si el médico te diagnostica un año de vida o apenas un mes haz un esfuerzo valiente y ve qué puedes lograr en una semana. No es sólo aquello que concluimos a lo que debemos llamar trabajo productivo. Existe un espíritu en lo que se emprende que sobrevive a su ejecución. Todos los que han empeñado en su trabajo todo su corazón han realizado una buena labor aunque la muerte los sorprenda antes de que tengan la oportunidad de concluirla. Cada corazón que late fuerte y vigoroso deja un impulso de esperanza en el mundo y mejora la tradición de la humanidad”. Stevenson afirma así, como Chéjov, que el trabajo debe ser el impulso motor de la vida y su gran mensaje es la sobrevivencia del espíritu sobre el cuerpo. “Nuestro propósito en la vida no

es triunfar sino seguir luchando con presencia de ánimo”, escribió en otro ensayo. Robert Louis Stevenson, que desde joven padeció tuberculosis y que toda su vida fue de constitución delicada y enfermiza, lo cual lo llevó a elegir a la isla de Samoa para vivir en un clima cálido a nivel del mar, murió, contra todas las predicciones, de un súbito infarto cerebral un 3 de diciembre de 1894. Según relatara Laura Hinkley en la biografía de los Stevenson, Louis estaba ayudando a su esposa Fanny a preparar una ensalada para la cena en la veranda de su casa para organizar un pequeño convivio con algunos amigos y el resto de la familia. Bajó por una botella de Borgoña a su cava y estaba charlando alegremente cuando de pronto se puso ambas manos sobre la cabeza y exclamó: “¿Qué me pasa?”. Acto seguido se desvaneció a los pies de su esposa. Llamaron a varios médicos que nada pudieron hacer y Stevenson murió, como lo había previsto en su “Sermón de navidad” de repente y sin pronunciar palabra. Fueron los aborígenes de Samoa quienes besándole la mano se despidieron de él con la frase *Tofa Tusitala* (Duerme narrador). Esos mismos hombres le construyeron en la cima de la isla una tumba con dos placas de bronce, una escrita en la lengua de Samoa y en la otra está el epitafio del propio Stevenson: “Aquí yace Él donde quería estar: / El marinero en casa, en la casa del mar, / Y el cazador en la casa del monte”. **U**



Oscar Wilde